

contrariedad, tomaba sus más fieles clientes y rompía en guerra llevando tal improvisado ejército, con el cual extendía saco, tala, fuego y matanza por todas partes. Necesítase, pues, descender á las épocas más bárbaras del feudalismo europeo para encontrar un caudillo semejante á este Coriolano en el afán de combatir y en la falta de juiciosos y verdaderos escrúpulos siempre que iniciaba un combate, pues una vez en él, así solía curarse de las vidas que combatía é inmolaba como el terremoto de los amontonados escombros, como el ciclón de las desarraigadas raíces, como el mar de los naufragos ahogados, como la peste de los muertos, en su tremenda pasión por la discordia y por la guerra perennes á que le llamaban su temperamento y su genio.

Todo cedió á tanto empuje. La colonia de circeyos cayó á sus pies como fruto maduro desprendido de viejo árbol; el amplio Lacio quedó talado á sangre y fuego; las antes bienhadadas ciudades tributarias de Roma vieron sus términos confiscados y sus hijos siervos; rindióse, asediada y vencida tras largo sitio, Bolas, á cien estados del Pomerio, que pudo columbrar aquellos compañeros de su gente pasados á cuchillo y aquellos hogares de su jurisdicción incendiados á tea; y mientras tanto, los que debían resistir al contrario ímpetu, lejos de

armarse hasta los dientes y reunirse bajo severa disciplina en propia defensa, divertidos de todo pensamiento alto y común por sus sendos altercados, cada día más tormentosos, conformábanse ya con su derrota, y creían próximo, en su estúpida resignación á la desgracia merecida, el instante de trocar su alta y orgullosa soberanía en miserable servidumbre. Para mayor tristeza un sitio sacro se vió amenazado, y so esta terrible amenaza estremecióse, como de muerte tocada y herida, la religión entera. Y la religión apareció entre los romanos como el código de los códigos. Á sus preceptos aplicábanse las piedras de los muros, por sus ritos hacíanse los cánones de las leyes, el dios penate se confundía con el guerrero armado en la defensa de los pueblos, sacro el buey que araba los campos, sacratísima la piedra puesta como linde y término á la propiedad particular de cada cual, el patricio sacerdote y como sacerdote destinado á la interpretación de augurios y á la guarda de auspicios, el procedimiento jurídico una serie de ritos religiosos, desde la geometría que señalaba las propiedades hasta la geometría que levantaba los templos litúrgicos, y tan religiosa la eterna lámpara puesta sobre las aras de Vesta en su misteriosísimo santuario como la triste lamparilla sobre la trípode de hierro atizada por la matrona hilando un ataque

al rito, por cuyo espíritu Roma dirigía desde la construcción de sus hogares hasta la estrategia de sus guerras, era tanto como un soplo helado extinguiendo su alma y dejando la que se llamaba Ciudad Eterna, en su orgullo, inerte y exánime al pie de sus viejas divinidades profanadas y sobre su santo suelo maldecido. En efecto, corrió la nueva de que Lavinia, ciudad de las ciudades, templo de los templos, ara de los comunes penates, donde resplandecían bajo la secular advocación del troiano Eneas tantas queridas memorias, vacilaba sobre sus cimientos é iba con precipitación á caer bajo los volscos guiados por la traición de un romano, y á esta idea ya no hubo casi esperanza de salvar el honor en una ciudad condenada por el hado, no al abandono, ya no, al odio y guerra de sus propios hijos. El terror corrió como un estremecimiento desde los suelos á las aras y desde las aras á los espíritus, cual si los dioses en sus altares llegaran á estremecerse y los muertos de sus tumbas á levantarse reconviniendo la incuria y desidia de aquellos romanos repulsivos á sus progenitores materiales y religiosos por haber llegado á tan inaudita vergüenza. Un tardío sentimiento de unión sobrevino. El plebeyo se conformó con que volviera Coriolano á la ciudad de donde sus pasiones lo habían expulsado; mas creyó el patricio, con mejor

acuerdo, tardía la reparación y manchado el héroe á los ojos de la posteridad ya con el crimen de lesa patria. No tenía la gente principal otro remedio que marcarlo con la candente marca de infamia y repelerlo de su propio cuerpo, pues, de lo contrario, cargaba tristemente con la reprobación de todos tiempos y se disminuía en infame degradación á sus propios ojos. Así la inquina que profesara el pueblo un tiempo al héroe se pegó por motivo y razón de la guerra en aquellos momentos á los patricios. Y como el pueblo nada podía resolver en sus tribus plebeyas sino á proposición de las curias nobles, tuvo que guardarse la conmiseración por Coriolano y reconocerlo á una con todos los romanos desertor de la común patria.

Necesitóse tal angustia para que los patricios comprendieran que la patria de los plebeyos era también su patria, y comprendieran esta idea correlativa por su parte los enconados plebeyos. Coriolano, ciego de cólera, no comprendía esto. A la declaración de su crimen, promulgada solemnemente por el Senado, respondió con el sitio y asedio de Roma. Como Tarquino llevara consigo en la reacción hacia el patriciado sacerdotal Porsena y los etruscos, llevaba consigo Coriolano en la reacción hacia el patriciado militar Tulo y los volscos. Imaginaos, pues, el terror de los patricios por

sí mismos y por sus tierras al mirar la Ciudad Eterna de un cofrade suyo amenazada y herida. El patriciado se creyó más constreñido que la plebe por esta culpa enorme de un patricio á defender la común patria. Pero inútilmente diputó los correligionarios más queridos y los parientes más cercanos al rebelde; puesto, en guisa de rey, sobre alta sede, bajo amplio solio, circuído de corte, ornado con sus más lucientes preseas, Coriolano contrastó las súplicas de deudos y amigos conjurándole á una retirada con desdenes aparentes, bajo cuya frialdad latía todo el reconcentrado furor de sus ardorosos odios, tan voraces, que habían consumido el amor á su patria, no quedándole ya de sus antiguos afectos ninguno más que aquel amor á su madre, tan íntimo como el alma y tan duradero como el sér. Inflexible cual ídolo antropofágico alzado sobre ara cruenta, no se contentaba con menos que con la devolución á los volscos de las ciudades tomadas en guerras, á las que había él asistido, y con la declaración de una igualdad entre todos estos y los demás aliados romanos de tierra y gente latinas. Indignó por todo extremo á Roma entera la proposición insolente, y decidieron á una plebeyos y nobles morir matando antes que morir sirviendo. Tal decisión, semejante á un suicidio, derramó el terror más intenso por todas las clases

y gentes romanas. A una se dolían en calles, en plazas, en templos, no de los volscos, con cuya eterna enemiga contaban, del traicionero que así desacataba y hería la patria. Una procesión salió en busca del descastado. Presidíanla por su autoridad los pontífices con todas sus insignias; iba tras éstos el único monarca restante ya en Roma, el rey de los sacrificios; tras el rey de los sacrificios venían los augures y los feciales; en una palabra, todo el sacerdocio romano creído realmente de que alcanzarían los dioses cuanto no pudieran los hombres.

Como el odio era principal motor de los pensamientos y de los actos en el delador de Corioles, anheloso por serlo de Roma también, desoyó á los sacerdotes como había desoído á los patricios, borradas de su mente las ideas de religión cual se habían borrado de su pecho también los afectos de patria, separados como estaban ya, no solamente su corazón, su inteligencia y su fe, de la Ciudad Eterna. No quedaba recurso ninguno, indefenso el pueblo romano ante golpe tamaño de gente dirigido por un general audaz y victorioso. ¿Qué resorte quedaba por mover? ¿Qué recurso á emplear? Ningún humano sentimiento latía en aquel corazón de hiena, empeñada en escarbar el sepulcro de los propios padres, de su estirpe y gente, para to-

mar hasta en sus fríos huesos sacros el desquite á los agravios recibidos y devorados ahora.

Sólo una mujer pudo adivinar el rescoldo de verdadero sentimiento que aun quedaba en aquel corazón apagado. Y esta mujer fué Valeria, descendiente del inmortal patricio Publícola. Reunida con otras de su estirpe allá en el templo de Júpiter Capitolino, como en fortaleza espiritual, para contrastar con votos y con plegarias á los sitiadores, tuvo una revelación, anunciándole con anuncios clarísimos el único asidero de la ciudad, el influjo de Veturia sobre Coriolano. El patricio había muerto en él ya, con el patricio había muerto el patriota, con el patriota el creyente, inmolados al malogro de sus ambiciones por una despiadada furia interior; mas vivía el hijo amante aún. No precisaba mostrarle aquellas piedras de los muros patrios, sobre los cuales fulminaba maldiciones sin cuento; ni aquellas clases y estirpes romanas, á quienes creía bien autores ó bien cómplices de su afrenta; ni las haces predecesoras de los cónsules, que deseaba romper como cañas entre sus hercúleas manos; ni las túnicas albas y las coronas verdes de un sacerdocio incapacitado para influir en los cielos y en los pueblos; ni siquiera dioses completamente sordos á sus quejas y fríos al extremo de consentir sin asomos de ira los agravios á su adorador inferidos;

ni la esposa, ni los hijos, despreciables á sus ojos por nacidos en Roma: con mostrarle á su madre, la naturaleza dormida se despertaba en sus entrañas, y, al despertarse, anegaba todos los demás afectos en este diluvio de amor. Cuanto más vayáis penetrando en la historia romana, más iréis convenciendoos, en vuestro íntimo espíritu, del influjo ejercido por la mujer, no sólo sobre las costumbres, sobre las instituciones y las leyes. Compensábase la tutela bajo que vivía en privado con una incontrastable autoridad en público. Las ideas en su movimiento renovador y los tiempos en su curso eterno preparaban una civilización ya madura, y esta civilización jamás consiguiera su madurez perfecta sin que las relaciones entre los dos sexos fueran poco á poco dulcificándose y estableciéndose por grados aquella igualdad, distante, muy distante de acabar con las diferencias naturales de cuya virtud proviene la inferioridad ó la superioridad relativas de uno y otro sexo. La procesión de mujeres bajó las gradas del Capitolio, atravesó los estadios del Foro, y, pisando sobre la vía Sacra, subió la montaña palatina, donde residía hogar tan respetable y respetado como el hogar de los Marcios, presidido legalmente por el matrimonio de Coriolano y Volumnia, padres de prole muy niña, pero lleno en la sombra de Veturia, en quien todos los recuer-

dos y todas las tradiciones de aquellas gentes vivían y se concentraban, siendo para los suyos una especie de diosa viva, cual Vesta, y su dogma, y su culto, y su templo para todos los romanos. Tiempos aquellos de increíble austeridad. Así, ni en los trajes femeniles siquiera se usaba el esplendor y lujo de posteriores tiempos, cuando el Oriente conquistado acabó por llevar á Roma, con el olor embriagante de sus perfumes, el vistoso aparato de su lujo, y con el vistoso aparato de su lujo el veneno corrosivo de su corrupción. Parecía el paso de las austeras y enlutadas mujeres por aquellos sitios una procesión de sombras.

Quejábanse unas á otras, en sus conversaciones, durante la procesión, por el camino, de la desdenosa indiferencia con que habían visto los hombres, en quienes suelen por gusto cebarse siempre las mujeres, bien claros y bien reveladores augurios. Los juegos, de que los volscos se apartaron airadísimos por una imprudente orden de súbita expulsión, que diera pretexto al sitio aquel, no debieron celebrarse, viéndose, como se vió, en sus comienzos la entrada por sus senos de un siervo, llevando signo tan maleficioso como la horea. Los sueños de cien buenos ciudadanos, sorprendidos en su lecho por asaltos de pesadillas, tampoco revelaran lo que debieran revelar á espíritus más creyen-

tes. La guerra entre los hombres y el desprecio á los dioses trajeron estado semejante para el que sólo quedaba eficaz remedio en el amor de una mujer, en el amor de una madre. Llegaron así á la Roma cuadrata, y, después de haber saludado sus murallas como pudieran saludar las paredes sacras de un templo, fueron á la casa de Veturia, cerrada y silenciosa como un sepulcro. Ya dentro aparecieron á sus ojos los varios signos del duelo. Tenían las aras el aspecto de las solemnidades funerarias.

Hijos, esposa, madre, vestían de luto. El triclinio estaba como si en mucho tiempo no se hubiera comido en su recinto, y los tálamos como si ningún sér se hubiera en ellos acostado. El insomnio y el ayuno, consiguientes al dolor intensísimo, imperaban allí con su natural imperio, pareciendo la casa patricia, no habitación de vivir, donde todo suena y respira, panteón de familias ilustres, á cuyo seno vinieran de otro mundo entristecidos sobrenaturales fantasmas. Durante aquellos días de angustia, Veturia en realidad meditó mucho sobre los defectos congénitos á una educación de clase y estirpe superior, en la cual se despierta y se levanta con tan increíble facilidad un orgullo capaz de borrar con sus excesos y sus embriagueces todos los otros afectos. Al engendrar con su amor, parir entre dolores y esclarecer con su educación un patri-

cio, sólo un patricio, habíase Veturia olvidado por completo de que daba un hombre á Roma, el cual, viendo divinidades superiores en todos los suyos y gente maldita é inferior en los plebeyos, había perdido la idea de patria y todos los afectos concordados en esta idea, volviéndose, desvanecido por sus feroces sentimientos, contra toda la tierra natal, donde coincidían con sus contrarios y enemigos el templo de sus dioses, el hogar de su prole misma, el santuario de sus privilegios, la madre de su alma. Vestida Veturia tristemente, llorosa, con todos los signos en su rostro y en su voz de una desesperación infinita, recibió el concurso de mujeres ido á su hogar, y supo dominarse al punto y extremo de departir con ellas del aspecto público de tan extraño asunto, como si en realidad tratasen de algo ajeno á su corazón y á su vida, sólo interesante á Roma y á la fortuna de Roma. Entre los varios discursos de cosecha propia que los historiadores antiguos ponen á veces en labios de sus personajes, encuentro uno de Plutarco, en el cual creo bien resumido por este inspiradísimo y eximio biógrafo el pensamiento capital que debía en aquel momento atenacear á Veturia y morderle con mordeduras venenosas las entrañas, el pensamiento de que había sugerido en sus profundos amores y en sus largos desvelos al hijo educado por sus cuida-

dos, como debe anteponerse á padres, hijos, deudos, clases, castas, la patria, esta patria en la cual todos nacemos, vivimos y somos llamados á dormir por toda una eternidad el profundo reparador sueño de la muerte.

El trance que pasaba la infeliz Veturia es de los más amargos á sufrir en la vida y de los más trágicos á recoger en la historia. Romana, muy romana; patricia, muy patricia, inspiró los dos cultos en su hijo, á Roma y al patriciado. Pero este último sentimiento habíala en su ímpetu arrastrado hasta educar un hijo, en el cual, arribadas á un conflicto la ciudad y la casta de sus padres, venció ésta, inferior en extremo á quien guarda el numen de todos, y, por su majestad, por su grandeza, por su virtud, sobre todo, en cualquier minuto del tiempo y en cualquier coyuntura de las circunstancias, debe colocarse. Lo primero que Veturia hiciera en aquel trance, como buena madre, fué absolver á su hijo y condenarse á sí misma. La culpa no estaba en él, pues, obediente á la educación recibida; estaba en quien le había connaturalizado con todos los privilegios del patriciado, á punto de ponerlos sobre los dobles genios de la religión y de la patria. En el excesivo apego á las lecciones recibidas, en el fervor intolerante por los generadores de su madre idolatrada, en su orgullo de clase tan puesto en su

ánimo por la naturaleza como por la educación, el héroe no se detenía ni ante un peligro tan grave como destronar á sus penates del ara sacra y desarraigar del suelo su patria. Veturia, por las intuiciones nativas y los recuerdos vivos de una mujer, en cuyo espíritu brillan calidades proféticas, debía sentir y adivinar desde luego al par el peligro corrido por los huesos de sus padres, próximos á ser aventados á los cuatro vientos por la victoria cierta de aquellos á quienes vencieran en innumerables encuentros, y la suerte de generaciones por venir, encerradas ya, como el botón en la flor y la semilla en el botón, dentro de sus nietos, y llamadas por los augurios y los auspicios romanos, en los libros sibilinos y en las profecías populares, á dominar el mundo. Y Coriolano podía profanar tantos recuerdos y extinguir tantas esperanzas merced al impulso por ella dado con el soplo de su alma difundido en aquella grande alma. No tenía Veturia otra salida que conjurar aquel espíritu soberbio, semejante á siniestro cruentísimo cometa, y separarlo del horizonte romano, donde centelleaba con siniestro relampagueo y fulgor amenazas de ruina, en cuyos escombros pudieran caer aplastados los dioses traídos al Pomerio por las generaciones pasadas y las esperanzas contenidas en las generaciones por venir. Mas impeler Co-

riolano atrás era tanto como condenarlo á segura muerte. Y lo había engendrado en el puro lecho patricio, ungido con todas las virtudes de una sacrosanta confarreación; lo había llevado en sus entrañas nueve meses, nutriéndolo de su noble sangre y dándole toda la parte mejor de su vida; lo había parido entre dolores sin cuento y consagrado desde sus primeros días á los dioses de su familia y de su gente; se había visto en sus ojos y alentado de su respiración, concentrando en su persona, ya viuda y solitaria, todos sus amores, como en su educación todos sus esfuerzos, habiéndolo hecho valeroso, conquistador, austero, justísimo, para condenarlo ella misma sin remedio á muerte prematura en castigo á un vicio de crianza ó educación, por ella misma en su soberbia de matrona sugerido é impuesto. A esta idea de matar el hijo de sus entrañas, destinado en sus ensueños á cerrarle los ojos y á llevarla en muerte al sepulcro con el cariño con que lo llevara ella tiernamente á la cuna, deshacíase todo el sér suyo en lágrimas, y atravesaba por las honduras del alma, en océanos de lágrimas anegada, un propósito tan siniestro como el propósito de ruidoso inapelable suicidio. Sí, cogiera la primera espada perteneciente al trofeo de los suyos, armara funeraria pira con ánimo de darse muerte á la sugestión de un dolor agudo y más

